

Mónica P.

“Un mundo lleno de dobles”.

¿Qué sucedería si un día te das cuenta de que no eres único?

Tú, que siempre refunfuñas cuando coincides con alguien que lleva tu misma camisa, ahora descubres que el mundo está lleno de personas como tú en todos los sentidos. Pues bien, esto es lo que le sucedió al protagonista de esta historia, Luís.

El día que esto ocurrió todo parecía transcurrir con normalidad, pero es mejor no avanzarse en el tiempo. Centrémonos en Luís. Luís era un chico de diecinueve años. Acababa de empezar la universidad en la Facultad de Medicina, pero, pese a ello, siempre encontraba el tiempo necesario para poder pasar un rato con sus amigos. Así lo hizo aquel día.

Eran alrededor de las diez de la noche de un sábado. Luís, como ya era rutina, se preparaba para una larga noche que empezaría con una tranquila cena entre amigos y acabaría en una discoteca llena de gente.

Mientras acababa de asegurar su vestuario ante el espejo, entró su madre a la habitación.

- Luís, han venido tus amigos a buscarte. ¡Quieres dejar ya de mirarte en el espejo! ¡Dios mío! No sé qué haríamos si hubiese más chicos como tú.
- Ya voy mamá, no te pongas nerviosa -replicó Luís-.
- Nunca podré entenderte -dijo su madre cerrando la puerta.

A los cinco minutos Luís bajó al comedor, saludó a sus amigos, Pedro, Javi y Jordi, y se despidió de su madre. Después los cuatro salieron de casa dispuestos a pasar una noche inolvidable. Y la verdad, no se equivocaban, sería inolvidable.

Fueron a cenar a un restaurante italiano que había cerca de casa de Luís. Se comieron una pizza, charlaron un rato y, cuando quisieron darse cuenta, el reloj marcó la una de la madrugada.

- Quizás sea hora de que vayamos a mover un poco el esqueleto -dijo Jordi.
- Sí, tienes razón. ¡Vámonos! -contestaron sus amigos.

No tardaron en llegar a la discoteca que normalmente frecuentaban. La música estaba a todo volumen, las luces se movían sin cesar y les deslumbraban, no había ni un alma, y, sobre todo, ellos tenían ganas de pasarlo bien, bueno, Luís no tanto, no le gustaba bailar.

- Eres un amargado. Piensas pasarte toda la noche sentado junto a la barra- le dijeron sus amigos como represalia.
- Ya sabéis que no se me da muy bien esto de bailar, prefiero no hacer el ridículo.
- Allá tú, pero nosotros nos vamos a bailar un rato.

Luís se quedó un poco parado, sus amigos nunca le habían dejado solo en la discoteca, pero al fin y al cabo lo entendió. Si ellos querían bailar, ¿por qué no lo iban a hacer?

Él se quedó allí. Iba observando a la gente que pasaba, sobre todo a las chicas, y de vez en cuando se ponía a charlar un rato con el camarero.

De repente se quedó callado, perplejo. Tenía junto a él a la chica más guapa de toda la discoteca o, al menos, eso le parecía a él. Era la primera vez que la había visto y seguro que era la primera vez que iba allí, no se le hubiese pasado por alto una chica como aquella. Pensaba en la manera de poder hablar con ella sin parecer grosero o muy lanzado, pero pronto dejó de hacerlo.

- ¡Hola Luís! -dijo aquella preciosidad-.
- ¡Dios míos! ¿Cómo podía saber su nombre? ¿De qué le conocía? ¿Quién era?
- ¿Nos conocemos? -dijo Luís un poco cortado-.
- ¡Que si nos conocemos dices. Qué poca memoria tienes! ¿no? Hace diez minutos has estado a punto de decirme hasta cuál era la talla de tus calzoncillos.

-¿Yo? Pero si yo no te conozco. Es la primera vez que hablo contigo. Y, además, yo no soy tan grosero como para contarte mi vida de buenas a primeras.

- Mira guapo, si no te conviene hablar conmigo otra vez me lo dices y se acabó, pero no me vengas con esos rollos de que no te conozco. Luís se quedó como si le hubiesen dado una paliza. Realmente él no la conocía, pero ella aseguraba que sí.

Decidió dejarlo correr. No quería amargarse la noche. Pensó en ir a buscar a sus amigos y acabar la noche con ellos. Pero cuál fue su sorpresa cuando al llegar a la pista vio a lo lejos a otro Luís, bueno a otro Luís, al mismo.

Se acercó a él y ambos dijeron a la vez: ¿Y tú quién eres?

- Yo soy Luís-dijeron ambos a dúo-.

No, Luís soy yo. He venido aquí con mis amigos y no pienso amargarme la noche con tonterías, bastante he tenido con que una chica me diese un bofetón por

intentar preguntarle como se llamaba- contestó el segundo Luís. Después se marchó sin decir nada más, como si lo de encontrarse a un doble fuese lo más natural del mundo-. Ahora ya entendía por qué aquella chica aseguraba conocerle y por qué sabía su nombre. Había estado hablando con aquel otro Luís después al verle a él pensó que era el mismo.

Luis echó a correr buscando a sus amigos. No se podía creer lo que había sucedido. Tenía que contárselo a alguien. No tardó en encontrarles. Estaban dando saltos entre la gente.

- ¡Chicos! No me puedo creer lo que me ha pasado. Primero una chica que no había visto en mi vida dice que acaba de estar hablando conmigo, y después voy y me encuentro a un tipo que dice ser yo y, realmente, lo es.
- Luís, tranquilízate. Nada de eso ha podido suceder. Lo que te pasa es que has bebido más de la cuenta y estás viendo lo que no se puede ver -le contestó Javi intentando tranquilizarle-.

Sólo se había bebido un par de cervezas, no era mucho, pero quizás le habían sentado mal. Tenían razón sus amigos, lo que había visto era imposible, no podía haber nadie igual que él.

Después de esto la noche siguió con tranquilidad. Los chicos estuvieron riéndose todo el tiempo de las tonterías que había dicho él y de lo mal que le sentaban un par de cervezas, a pesar de que a Luís no le hacía ninguna gracia. Empezaba a dudar de nuevo con todo aquello. No estaba borracho, estaba casi seguro, pero era muy extraño que hubiese visto lo que estaba convencido de haber visto. Las cosas no tardaron en aclararse.

Poco antes de que Luís y sus amigos decidiesen volver a sus casas anunciaron por los altavoces que había llegado el momento de celebrar uno de esos típicos sorteos de discoteca.

Encender todas las luces, salir de la oscuridad y oír un chillido trepidante, fue todo uno.

Nadie podía creer lo que estaba viendo. La discoteca estaba llena de dobles de cada una de las personas que allí se encontraban. Era una sensación muy extraña lo que sentía toda aquella gente. A través de sus dobles podían apreciar su propio comportamiento y reconocer que, en ocasiones, no era el adecuado.

Por otro lado, el hecho de estar rodeado de gente que en todo momento sabría cuál iba a ser su reacción era realmente desesperante.

Pero no todo quedaba ahí. ¿Y si sucedía como le había sucedido a Luís? La vida se convertiría en un continuo juego de confusiones y malentendidos.

Los amigos de Luís comenzaron a entender todo lo que les había estado con tanto y, a pesar de no querer aceptarlo, Luís tenía razón, había visto a uno de sus dobles, pero los había a montones.

Sin embargo, Luís ahora volvía a dudar. Que hubiese alguien como él la fin y al cabo no era tan extraño, quizás era algún hermano gemelo al que no conocía. Pero que hubiese dobles de cada una de las personas de la tierra y que además fuesen varios no era lógico, quizás sí que estaba borracho.

Empezó a darle vueltas a la idea. Tenía su lado positivo, ya que habría más gente para habitar el planeta y además si se enamoraba de una chica no habría problemas de que otro se la quitara ...

Pero todo esto, al lado de la parte negativa, eran simples tonterías. Para empezar, tu vida privada o tus pensamientos más secretos serían conocidos por todos y cada uno de tus dobles, y tu vida se vería invadida por una serie de gente que pese a que odias son tú mismo. Es más, el simple hecho de saber que tu vida está siendo imitada es una sensación de incomodidad muy grande y un problema, pues si el comportamiento de tu doble no fuese el correcto quien acarrearía con las consecuencias deberías ser tú.

Y por si esto fuese poco, el pensar además en la idea de que haya muchas personas iguales a aquella que te cae tan mal o es tan pesada... todas estas ideas iban dando vueltas en la cabeza de Luís, a quien, sólo de pensar en tener que vivir de aquella manera, comenzó a faltarle el aire y se cayó redondo al suelo.

Sus amigos, que aún seguían asombrados de ver aquel espectáculo de dobles, consiguieron reaccionar al ver a Luís tendido en el suelo. Intentaron reanimarlo pero no lo consiguieron, así que decidieron que lo mejor sería llevarlo a su casa. Así lo hicieron.

Al llegar allí, la madre de Luís le preguntó que qué era lo que había sucedido, pero ellos no quisieron decirle la verdad por miedo a que les tomaran por locos, así que le dijeron que Luís había bebido mucho y que lo único que le sucedía era que se había quedado dormido en el camino de vuelta. Después se despidieron de la mujer y se marcharon con la esperanza de que lo que había sucedido hubiese sido una broma de mal gusto de los dueños de la discoteca.

La madre de Luís metió a su hijo en la cama y después volvió a su habitación.

Cuando a la mañana siguiente Luís se despertó en su cama y en su propia habitación pensó que todo había sido un mal sueño y se alegró de que la vida no fuese así chillando de alegría.

Al oír los gritos, la madre de éste subió corriendo a su cuarto.

■ Luís, qué te sucede, ¿te has vuelto loco? -dijo ésta.

Al instante oyó: Hijo, ¿te encuentras bien?

Poco después: ¡Qué son esos chillidos!

Y así sucesivamente, la habitación de Luís se fue llenando de mamás preocupadas que venían a ver lo que le sucedía a su hijo, o mejor dicho, a sus hijos porque si lo que Luís estaba viendo era verdad, el espectáculo de la noche anterior no había sido un sueño.

Benito B.

“Un mundo lleno de dobles”

En mi casa solamente somos cuatro, mi hermano de quince años, mis padres y yo. Aunque nos llevamos bastante bien casi siempre discutimos por pequeñas tonterías, que a la vez son las cosas que nos diferencian a los cuatro.

Mi hermano y yo discutimos casi siempre por la música, él quiere poner música *máquina* y yo música *heavy*, mis padres suelen discutir casi siempre por culpa de la televisión: mi padre quiere ver el fútbol o el *telediario* y mi madre quiere ver la típica *telenovela* o alguna de esas series españolas que suelen dar por la tele. A la misma vez mi madre discute con mi hermano y conmigo, sobre todo a las horas de comer, a mi hermano le gustan las sopas y yo las odio, y mi madre se vuelve loca pensando en lo que tiene que hacer para comer y mi padre discute a veces también con nosotros sobre todo cuando nos ro día iba de excursión al Tibidabo con el colegio.

Al levantarme aquel pensamiento que la noche anterior había tenido había desaparecido, pero cuando escuché a mi madre decir: ¡Venga, a desayunar, que ya está el zumo de naranja en la mesa...! Ella sabe que odio el zumo de naranja... ¿No podía haberme dado un *cacaolat* como todas las madres les dan a sus hijos?... Entonces me acordé otra vez de aquello... si ella fuera como yo... me habría puesto un *cacaolat* y no ese zumo de naranja...

Cuando llegué al colegio el autobús ya estaba allí. *Pedrito*, un chico de la clase que me caía muy mal, comenzó a decirme gordo sebo, como cada día... ¡Es que él no comprendía lo que sentía cuando me decía eso!, y deseaba que él, bueno, que todos fuesen como yo para que lo supiesen. Cuando llegamos al *Tibidabo* los profesores nos dejaron a nuestro aire, y todos aquellos chicos se fueron diciendo: ¡Vámonos corriendo a las atracciones y que no nos siga el gordo...!

Mientras yo escuchaba esas injurias se me levantó el apetito, abrí mi petate para coger el bocadillo. Cuando lo cogí vi una pequeña nota que decía: **“Cuando acabés la excursión llegate a casa de tu abuela y cambialé una bombilla que se ha estropeado”**

Esa nota me amargó el día, pero, bueno, en fin, qué iba a hacer... abrí el *bocata* y me di cuenta que era de *tranchetes*, los odiaba... tiré el bocadillo entero a la basura. Me iba a ir a montar por las atracciones cuando me acordé que llevaba mi *walkman*, qué bien, podría escuchar a *Green Day*, cogí el *walkman*, le di al *play* y comencé a escuchar esa música estridente de mi hermano, por lo visto él había estado utilizándolo la noche anterior.

Todo se ponía en contra mía porque no eran ni pensaban lo mismo que yo. Paseando por el parque de atracciones vi una máquina que decía: **“Échame cien pesetas y te concederé un deseo”**, y yo, por gastarme algo del dinero que mi madre me había

dado, eché los veinte duros y le pedí: “***Deseo que todos sean como yo, que todos sean un mismo molde a mi, que todos sean mis dobles...***”

Ya era la hora de volver a casa. Volvieron aquellos mis compañeros diciendo: “Qué, ¿te has divertido gordito...?” Cuando llegué, con mucha resignación fue a arreglarle la bombilla a mi abuela, y sin cenar, porque estaba muy cansado me fue a dormir.

Cuando desperté no escuché el típico grito de mi madre: “¡El zumo de naranja está en la mesa!”; es más, no escuché nada, bajé y me encontré un *cacaolat* en la mesa, y allí a mi madre sentada leyendo una revista, a la vez que me alegré mucho me extrañó bastante y aún más cuando subí a mi cuarto y vi a mi hermano saltando y bailando con mi música *heavy*. Cuando fue al colegio aquellos compañeros que siempre me insultaban no me dijeron nada, sino solamente “¡hola!”.

El profesor, el tendero, el bibliotecario, ya no eran los mismos: aquel espíritu alegre que tenían se convirtió en un carácter tímido e introvertido, eran como yo...

Cuando regresé a mi casa vi en la mesa el plato de comida que más me gustaba, una *pizza*, mi madre había llamado a *Pizza-World*... pero estaba ya un poco fría y quise meterla en el microondas y no funcionaba, le dijo a mi padre que viese lo que le pasaba, y mi padre no movió un dedo; es más, dijo: “Mañana llamaré a un técnico”... dijo aquello mismo que pensaba yo cuando me mandaba hacer alguno de aquellos trabajillos...

Me tuve que comer aquella *pizza* fría, y comiendo me acordé de aquel deseo que había pedido en el *Tibidabo* y comprobé que se había hecho realidad, estaba super contento, ahora todos serían como yo...

Pasé la tarde viendo la tele y conmigo mi hermano y mis padres, nadie me dijo que me fuera a hacer los deberes ni nada de nada.

Cuando me fui a dormir, vi que la cama no estaba hecha; es más, hacía una olor calcetines sucios que mataba... cuando me levantó de nuevo me volvió a pasar lo mismo que el otro día, el *cacaolat*, mis compañeros diciéndome “hola”, los profesores tímidos como yo, para comer y cenas *pizza* fría y otra vez la cama sin hacer y aquel mal olor se había doblado por cinco... Claro, todos ahora eran como yo. A mi madre no le gustaba hacer las tareas, no hacía desayuno ni comida ni cena y no limpiaba... Mi padre se había desentendido de revisar aquellas cosas de la casa que estaban estropeadas y mi hermano había dejado de tener su propia personalidad y poseía la mía, mi música, mis aficiones... Y las demás personas que conocía eran tímidas e iban a lo suyo tal y como hacía yo.

Con el paso de los días comencé a odiar todo aquello, y pensaba que me odiaba a mi mismo, echaba de menos aquel zumo de naranja, los recados de mi padre, la música máquina de mi hermano y hasta aquellos insultos de mis compañeros. Decidí coger el tren y volver al *Tibidabo*, le eché otra moneda a aquella máquina de los deseos y le pedí que volviera a todos su propia personalidad y que me dejara a mi la mía...

...

De repente escuché: “¡A desayunar, que ya está el zumo de naranja en la mesa!

Me desperté de golpe y me di cuenta que todo aquello era un sueño. Me puse muy contento, fue a la habitación de mi hermano y me puse a escuchar su música *maquinera* y, en el fondo, no era tan mala... me bebí sin respirar ese zumo de naranja que seguía sin gustarme y le pregunté a mi padre si tenía que ayudarme hoy en algo. Todos se extrañaron mucho pero no le dieron importancia.

Ese día sí que iba al *Tibidabo* y nada más llegar al colegio me fui con aquel Pedrín y le dije: “Hoy lo vamos a pasar bien, orejoncete...” y él se rió y me preguntó si quería sentarme a su lado... pasamos un día muy divertido y yo me alegré mucho de volver a ver a todos como en realidad eran.

Después, solo en mi habitación, pensé que era necesario que todos fuésemos distintos porque sino el mundo sería muy aburrido y que debemos apreciar aquellas cosas que no nos gustan de los otros porque son las cosas que nos hacen diferentes.